

# El viaje de inmersión y el regreso introspectivo del antropólogo<sup>1</sup>

Carlos García Mora\* y Rosa Brambila\*\*

Una estudiante de antropología de ascendencia austriaca, formada en México, acompañó a un musicólogo para subir a la Sierra Norte de Puebla en 1969. En aquella región ella llevaría a cabo su investigación de tesis, entre pobladores hablantes del náhuatl. Pocos años después recordó de este modo su primera visita:

La viejita indígena se detuvo a mirarnos y sonrió divertida. Estábamos tirados a la orilla, la ropa empapada después de habernos hundido en el arroyo, adormecidos por el calor y agobiados por cansancio. Hacía cuatro horas que caminábamos por los senderos, entre la espesa vegetación y la neblina tempranera. Repetí la vieja pregunta: “¿Can ojti Zacatipan?” (¿Cuál es el camino a Zacatipan?). Levantó uno de sus brazos flacos y angulosos y, en ademán circular, señaló el arroyo, las laderas cubiertas de bosque y cafetales, así como los riscos altísimos de las montañas que flanqueaban la barranca y, en un náhuatl silbante, dijo: “Nican peua Zacatipan” (Aquí empieza Zacatipan). Por lo visto, podía empezar en cualquier parte, en una encrucijada cualquiera de los caminos circulares de la sierra. Horas más tarde, incrédulos y exhaustos, entramos espantando gallinas y guajolotes a la plaza de Zacatipan. Habíamos llegado a donde empieza el camino [Arizpe, 1973: 12].<sup>2</sup>

Con seguridad, una vez inmersos en el poblado, los investigadores lo habrán comprendido: Zacatipan era tanto el caserío donde vivían sus habitantes como el conjunto de sus tierras, aguas y montes circundantes. Zacatipan era un territorio con sus hombres y mujeres, no sólo una aldea. Por eso todo aquello abarcado por el gesto de la anciana era Zacatipan. Como haya sido, el recuerdo de ese arribo donde empezaba el camino dejó tal impresión en la estudiante que, ya graduada, lo rememoró al inicio del libro que escribió con los resultados de su investigación.

De manera individual o en corrillos, algunos colegas han hecho del llamado “trabajo de campo” un tema de reflexión. Nada raro, ya que en la antropolo-

\* Investigador de la Dirección de Etnohistoria, INAH, wantakwa@gmail.com.

\*\* Investigadora de la Dirección de Etnohistoria, INAH, rmbrambilap@gmail.com.

1. Ponencia presentada en el II Coloquio de los Seminarios de la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS), Ciudad de México, INAH, 27 de noviembre de 2015. Los autores agradecen la ayuda de María del Carmen Soto Balderas y Eréndira Martínez Almonte.

2. Puntuación ligeramente ajustada por los autores para dar mayor claridad a la cita.

gía mexicana, como en otras antropologías, tal trabajo ha constituido una parte fundamental de sus indagaciones.

Los antecedentes se remontan al siglo xvi de la futura Nueva España, cuando los funcionarios españoles de la ocupación militar, acompañados por intérpretes, visitaban a caballo las cabeceras y los caseríos de los naturales, recopilando datos con los señores principales y los viejos. Los facultados indagaban acerca de una gama de asuntos: clima y recursos naturales en general, topónimos y su etimología, etnónimos, cantidad de pobladores y unidades domésticas, su lengua, sus antecedentes históricos, el tipo de vivienda, las formas de tributación, los barrios sujetos y otros aspectos más.

Al crearse en 1524 el Consejo de Indias, este organismo administrativo fue experimentando la creciente necesidad de conocer con minuciosidad las posesiones de ultramar, y poco a poco tanto la información como las encuestas fueron adquiriendo ciertas constantes formales. El proceso fue largo y se hicieron varios intentos por compendiar lo recabado sistemáticamente, hasta llegar a preparar varios tipos de cuestionarios en la década de 1570. La necesidad de conocimientos por parte de la administración colonial culminó en un cuestionario para las Américas, preparado por Juan de Ovando y Juan López de Velasco en 1577, al servicio de Felipe II. Para aplicarlo, el rey ordenó —en una cédula real datada en San Lorenzo el Real, el 25 de mayo de ese año— la preparación de unas descripciones:

Sabed que habiéndose platicado diversas veces por los de nuestro Consejo de Indias sobre la orden que se podría dar para que en él se pudiese tener cierta y particular relación y noticia de las cosas de las dichas Indias, para mejor poder acudir a su buen gobierno, ha parecido ser cosa muy conveniente ordenar se hiciese descripción general de todo el estado de las dichas nuestras Indias, islas y provincias de ellas, la más precisa y cierta que fuere posible [Solano y Ponce, 1988: 80].

La ordenanza disponía acompañar tales descripciones con pinturas. Con ese propósito se formularon 50 preguntas contenidas en la *Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias que Su Majestad manda hacer para el buen gobierno y ennoblecimiento de ellas*. El cuestionario fue enviado a gobernadores, corregidores y alcaldes mayores, o cualquier otra persona de gobierno, para distribuir “las dichas instrucciones y memorias impresas por los pueblos de los españoles y de los indios de su jurisdicción, donde hubiere españoles, enviándolas a los concejos; y donde no, a los curas si los hubiere, y si no a los religiosos a cuyo cargo fuere la doctrina, mandando a los concejos” (Solano y Ponce, 1988: 80).

En 1583, en Madrid, tras recibir 121 documentos, a más de planos y mapas llegados de la Nueva España, el cronista y cosmógrafo José López de Velasco compiló el trabajo masivo de respuestas, las cuales agrupó bajo el rubro de *Geografía y descripción universal de las Indias* (López, 1894). En la actualidad, este compendio tiene un interés manifiesto y, por añadidura, ciertas prácticas de las disciplinas antropológicas encuentran un cordón umbilical en este procedimiento administrativo.

Pesquisas de mayor profundidad fueron realizadas en estancias de campo muy prolongadas por frailes lenguatarios, quienes aprendieron y estudiaron las lenguas. Otros escribieron crónicas donde describieron la geografía, la flora y la fauna, la gente, su lengua y sus antiguas ciudades abandonadas; reconstruyeron la historia antigua y emprendieron la que hoy se considera una etnología histórica.

En el siglo XVIII aparecieron estudiosos dedicados a pesquisas científicas, como las del presbítero polímata José Antonio Alzate y Ramírez, un magnífico observador de campo que describió sus hallazgos y los publicó, entre otros periódicos, en la *Gaceta de México*. Por su parte, su amigo José Ignacio Bartolache y Díaz de Posadas, médico y matemático guanajuatense, egresado de la Real y Pontificia Universidad de México, compartió su interés por la divulgación científica y recreó un medicamento con esta sucinta advertencia: “A su tiempo se despachará con las pastillas una *instrucción sucinta*, para que sirva de gobierno a quienes no pudieren consultar con médico: y la correspondiente se dará en idioma mexicano para los indios que no son ladinos” (AGN, agosto de 1774).<sup>3</sup> Durante su periplo desde Guanajuato hacia la capital de la Nueva España, y en su práctica médica en especial, Bartolache observaba con ojo analítico a los individuos y su contexto para explicar sus condiciones. Con este interés indagó el uso curativo de las plantas y las relaciones familiares para el cuidado de los individuos. Entre otros trabajos de esta índole, estudió el pulque y sus efectos terapéuticos.

A finales de ese siglo, Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, ilustrado segundo conde de Revilla Gigedo y virrey de la Nueva España, mandó acreditar el hallazgo de una figura monolítica encontrada en la Plaza Mayor de la Ciudad de México, durante la colocación del nuevo empedrado. Tal disposición tuvo como finalidad trasladarla a la Real y Pontificia Universidad para su mejor conservación. El antiguo monumento —ordenó— debía medirse, pesarse, dibujarse y gravarse y “con las luces de los documentos de la biblioteca se forme la disertación correspondiente”. La descripción del objeto y las condiciones de su hallazgo, más sus posibles interpretaciones a través de otras fuentes, tenía el propósito de dar a la stampa las noticias “que tuviera o descubriese el ilustre cuerpo de estudiosos de la Universidad” (AGN, 29 de octubre de 1790).<sup>4</sup>

Para cumplir con esa disposición fue necesario entrevistar a los actores y a los testigos del hallazgo para atestiguar su autenticidad, el día en que tuvo lugar, la profundidad en la cual se encontraba y las circunstancias en las cuales ocurrió. Don José Damián Ortiz de Castro, maestro mayor, académico de mérito de la Real Academia de San Carlos, responsable de la obra del rebajo de la Plaza Mayor; don José Antonio Cosío, sobrestante mayor de la obra, y don Pedro José Esquivel, dueño español de la tienda de las cacahuateras —de las llamadas cajoncitos del Señor San José— aportaron sus testimonios acerca del suceso. El maestro y el sobrestante mencionaron distancias desde puntos fijos para ubicar la pieza y otras medidas, y el primero describió cómo se levantó:

3. Para mayor información, véanse Bartolache (1993) y González (1991).

4. Bonavia fue rector de la Real y Pontificia Universidad de México. Para mayor información, véase Bonavia (1790).



La arqueóloga Ana María Crespo (†) en trabajo de campo. **Fotografía** © Sin autor identificado. Acervo de Rosa Margarita Brambila Paz.

[...] se paró por medio de un aparejo real compuesto de una doble polea, que se afianzó en la andamiada que para el fin se formó, y otras dos sencillas que se colocaron en la propia figura; la una, para doblar el cable y, la otra, para el retorno, cuya maniobra se facilitó por medio de torno por cuyo medio se izaba con mucha igualdad y mayor ventaja, que en esa misma noche sólo se enderezó dicha figura, y en la siguiente, que fue la del día 25 a la misma hora, se sacó y colocó frente de la puerta chica del Real Palacio, donde existe [AGN (s.f.)a, f. 878r].<sup>5</sup>

Por su parte, el testimonio del tercero de los mencionados fue interesante, debido a que la pieza se encontró a poca distancia de la puerta de su tienda, desde donde observó el trajín del hallazgo [AGN (s.f.)a, f. 878r]. En esas circunstancias, el astrónomo y escritor Antonio de León y Gama acudió al sitio mismo para estudiar el simbolismo plasmado en esa figura y otra más. Tras estudiarlas, escribió su *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*.

Estas tareas y pesquisas de campo continuaron hasta el siglo XIX, aunque ya no predominantemente en manos de religiosos, como ocurrió en el siglo XVI, sino de un conjunto variopinto de perso-

5. Puntuación y ortografía ajustadas para mayor claridad.

najes. Como resultado aparecieron innumerables textos, diferentes en su enfoque y contenido como en su amenidad y valor literario. Las diferentes disciplinas hoy constitutivas de las ciencias antropológicas surgieron en ese siglo, como una división del estudio de los conjuntos humanos. Estas disciplinas partían de la idea de que los componentes estructurales y formales de la sociedad poseían cierto grado de autonomía, lo cual permitía analizarlos aislados del todo del cual formaban parte.

En consecuencia, cuando fueron surgiendo los antropólogos modernos en México, disponían de todo ese bagaje y de la tradición de obtener los datos en el campo. En la actualidad, dada su importancia para obtener datos de primera mano y, al mismo tiempo, por razones psicológicas personales, el trabajo de campo ha constituido una parte esencial de las labores del gremio antropológico mexicano. Mediante este gremio se han obtenido materiales que han sido fundamentales para la elaboración de obras consideradas como clásicas.

\* \* \*

En ocasiones el antropólogo hace del oficio su destino, movido —en ciertas circunstancias— no tanto por motivaciones científicas, sino por la excitación de vivir la experiencia de salir de su medio para adentrarse en otros confines para él desconocidos. Busca la dosis de aventura y vivencias que se obtienen en estos confines. Por ejemplo, experimenta un profundo placer al desenterrar los “tesoros” perdidos del pasado, ya que hacer nuevos hallazgos en tierra ignota es una parte apasionante de la empresa arqueológica. Aún en la actualidad algunos salen al campo para encontrar “lo que haya”. Motivación personal aparte, el trabajo *in situ* ha sido uno de los instrumentos más importantes del proceso de la investigación científica en todas las disciplinas antropológicas: la antropología física, la lingüística, la arqueología, la etnología y la antropología social.

Al respecto, cabe advertir que la antropología está lejos de ser una ciencia exacta y tiene cierto grado de subjetividad inevitable, como se aprecia en sus averiguaciones de campo. La disciplina nunca ha conseguido del todo la unidad exigida para superar la prueba de la ciencia. Los antropólogos piden prestado a otros ámbitos el incremento de certeza esperado y, hay que reconocerles en justicia, lo han intentado todo: desde la estadística hasta la economía, desde la demografía hasta la teoría de los sistemas, desde la neurobiología hasta la sociobiología.

La antropología física, la lingüística y la arqueología tienen en mayor o menor grado la posibilidad de obtener datos considerados como “duros”. En cambio, a la etnología y —parcialmente— a la antropología social les resulta imposible escapar del tamiz de la subjetividad del investigador. Con todo, tienen la posibilidad de volver a la región de su estudio para hacer verificaciones y, en ocasiones, platicar con las mismas personas con quienes convivieron y observaron. Esto último siempre y cuando se haga relativamente pronto, pues con los años la realidad estudiada cambia, con frecuencia de modo radical, amén que las personas a quienes entrevistó y observó van desapareciendo. Si pasan los años, el informante ya no es el mismo al reencontrarse con él, e incluso el propio antropólogo ha cambiado.

Ciertamente la subjetividad del antropólogo ha tratado de regularse con algunos procedimientos para controlarla. En etnología, por ejemplo, se ha contado con recursos como la vieja *Guía para la clasificación de los datos culturales*, conocida como la *Guía Murdock*, para recabar información objetiva de campo. En arqueología se usan registros estandarizados y se llevan formularios especiales para ubicar una estructura o un depósito arqueológico. En esas hojas se anotan coordenadas, altura y distancia sobre el agua, tipo de vegetación, etcétera; otras más sirven para registrar entierros, ofrendas y vasijas, y otra para dibujar la estratigrafía. Por añadidura, como en la etnología, se describen y comentan las actividades cotidianas en un diario de campo.

Con todo, la antropología se mueve entre las ciencias exactas y las humanidades. Por eso vienen a cuento cuestiones acerca de esa dosis de subjetividad que infiltra sus indagaciones, en particular en el trabajo de campo, entre otras etapas de su labor científica.

\* \* \*

Un aspecto del trabajo de campo, a veces más cerca de la anécdota, pero que en ocasiones tiene repercusiones intelectuales, es el primer viaje del antropólogo a la región donde llevará a cabo su investigación. Algunos colegas han llamado la atención acerca de la curiosa repercusión en la investigación del viaje a la región objeto de sus indagaciones y el posterior regreso al medio académico.

El viaje difiere según se emprenda por aire, por mar o por tierra. El acercamiento por vez primera a la región se percibe distinto en función de cómo se desarrolle el acercamiento paulatino a la zona. En la antropología mexicana el arribo ha sido con mayor frecuencia por tierra, si bien ha incluido en ocasiones el transporte por un medio fluvial en alguna etapa del traslado, e incluso se ha llegado a usar la avioneta.

Cuando la distancia es grande y se hace por tierra, se cruza por varias regiones y entre distintas personas mientras transcurre el viaje. Esto permite un acercamiento paulatino, asimilando paisajes y gente. Sucede entonces que la primera impresión del poblado o la región donde se llevará a cabo el trabajo queda condicionada por cómo se desarrolla el itinerario, a tal punto que varía de acuerdo con el lugar por donde se entra y si el acceso se hace a pie, en canoa, en burro, en vehículo motorizado o en avioneta.

Ilustra bien lo aquí dicho el arribo en 1932 a Tusik —un asentamiento del área maya— del antropólogo yucateco Alfonso Villa Rojas, quien había aprendido maya:

En compañía de un arriero [...] visita los poblados, entre los cuales está el cacicazgo de *X-Cacal Guardia* [...] La primera vez que llega a Tusik lo hace accidentalmente, al traspasar una barrera de arbustos situada en una de las entradas del pueblo. Al ser sorprendido, es interrogado con marcada desconfianza por las autoridades locales para que explique la razón de su presencia, pues recordemos que se vivía una situación de conflicto bélico con el ejército mexicano [secuela de la llamada guerra de Castas]. Villa responde diciéndose comprador de pasta de chicle, con lo que logra atenuar la hostilidad de la recepción.

Con esta experiencia, que le permite reconocer las posibilidades de hacer trabajo de campo en una región a la que pocos se atrevían a visitar, por la beligerancia de los mayas, Villa Rojas prepara una segunda visita, esta vez acompañado de un amigo de Chan Kom [...] haciéndose pasar como comerciante ambulante, una de las pocas actividades permitidas a los fuereños que se internaban en la zona.

Así [...] parten llevando tres mulas cargadas con las más variadas mercancías necesitadas por los aislados mayas rebeldes. Con este disfraz puede desplazarse por todas las poblaciones y permanecer por varios días [...] [Medina, 2001: 218].

Relatos como el anterior suscitan alguna curiosidad acerca del tema de marras. ¿Hasta qué punto la inmersión inicial repercute en la imagen que el antropólogo se hace de la comarca y de sus pobladores?, ¿cómo influye en el modo de llevar a cabo su trabajo de campo?, ¿caso es posible deslindar esa primera impresión del análisis frío al momento de escribir en su gabinete la obra final, producto de sus estudios?

En ciertas circunstancias, el viaje llega a convertirse en una peregrinación para el antropólogo. Una estudiosa del pueblo rarámuri escribió acerca de su ascenso a la sierra Tarahumara:

[...] ¿qué es lo que nos pasa cuando vamos allá? ¿Qué tipo de pacto hacemos para querer regresar siempre? ¿Qué es lo que nos llama más? ¿Las impactantes montañas de la sierra? ¿Las miradas profundas de los rarámuri? Quizás sea una combinación de varias cosas. Nos gusta el esfuerzo de caminar por horas, sudar, amanecer todo adolorido, con hambre y sueño por no haber dormido bien. Estoy convencida que un recorrido de estas características siempre envuelve una búsqueda espiritual. Todas las religiones incluyen en sus leyendas viajes para encontrar el lugar sagrado o purificar el alma [...] A quienes nos gusta caminar por la Tarahumara lo hacemos con tal devoción como si estuviéramos en una procesión y nos dirigiéramos a un lugar sagrado [...] Quien llega a ir definitivamente se purifica, se exorciza, pues la sierra nos enfrenta con nosotros mismos, con nuestro cuerpo y nuestra alma, con nuestros monstruos y nuestras grandes debilidades [...] [Pintado, 2014: 8].

Estos pensamientos se enfrentan a la aparente oposición entre el proceso específico del trabajo científico y el proceso psicológico involucrado. Con todo, el segundo está ligado al primero.

\* \* \*

La marcha del antropólogo para trasladarse por primera vez a la región de estudio suele estar presidida por la idea que de la misma se hace con las lecturas previas, la información oral de otros colegas y la de conocedores de la región, entre otras fuentes. Por eso, en cierta manera, antes de salir ya emprende el viaje en su imaginación. Incluso en estos días se familiariza con el territorio y sus localidades y caminos, viéndolos en internet a través de Google Earth. En su mente él se pone en camino

durante esas mismas indagaciones preliminares. Así que no sale en blanco, sino que ya se ha imaginado su destino y lleva cierta expectativa, cuya concreción depende del tema que espera estudiar en la región y de que encuentre las condiciones adecuadas. En ocasiones, la problemática local —durante el transcurso de su estancia— suele transformar el interés original del antropólogo, quien llega a cambiar de tema, atraído por otro, o se percata de aspectos cuya importancia ameritan su atención. Ésa ya es una cuestión para tratarse aparte.

Cabe recordar que la partida depende en mucho del apoyo institucional recibido: se viaja en avión cuando se dispone de recursos para pagarlo. De lo contrario, la alternativa es tomar un camión de pasajeros, lo cual, dicho sea de paso, tiene más ventajas para un adecuado encuentro etnográfico, ya que bajar de las nubes está lejos de ser la mejor manera de sumergirse entre la gente.

“El viaje” inicial del antropólogo, a veces descrito con un romanticismo un tanto exagerado, lo enlaza en un proceso de acercamiento, la mayoría de las veces relativamente paulatino. Como se hace con una cebolla al ir quitando sus capas, lo lleva por un trayecto en sí mismo instructivo al ir desarrollando aquello que busca. Dicen que lo que importa no es la llegada al puerto, sino el viaje mismo. Sería mucho decir, porque el puerto del antropólogo es un excitante depósito de enseñanzas; por eso, en su caso, importa tanto el viaje como el arribo y la estancia... y, más tarde, el retorno que lo lleva a cruzar en sentido inverso las capas atravesadas para llegar. Bien pensado, “el viaje” del antropólogo incluye todo esto. De modo que también se habla del viaje del antropólogo como metáfora, refiriéndose tanto al traslado, la estancia y el retorno como al proceso experimentado en su intelecto, en el cual recrea el pasado y piensa el presente al sumergirse en sus notas, grabaciones, fotografías y otros materiales obtenidos. En sentido figurado, el viaje continúa en su mesa de trabajo. De hecho, el puerto real del viaje del antropólogo es la imprenta donde se fabrica un libro con sus letras. Por el momento retomemos el viaje como traslado.

Por supuesto, la observación del paisaje va proporcionando una impresión geográfica de los ámbitos que es necesario atravesar para llegar. En un principio estos ámbitos tendrán poca relación con el territorio al que el antropólogo llegará, pero conforme se aproxima va apreciando la geografía que lo rodea y con la cual está en relación directa. Además, conforme se va acercando, si usa transporte público va conociendo a la gente de la región, escucha su habla y sus conversaciones, y percibe su modo de ser.

Si experimenta un cambio brusco del paisaje antecedente al de destino, se hará una idea del panorama y sus asentamientos, dependiendo de cómo llegue y por dónde lo haga. Un ejemplo sencillo. Si llega en lancha tras recorrer un río, la aparición del poblado donde pernoctará dará pábulo a que lo conciba como un asentamiento ribereño con una economía preponderantemente ligada al río. Si llega a él por tierra, quizá lo verá como un pueblo maicero por donde pasa cerca un río y, por lo tanto, podría descuidar la importancia del río en la economía del poblado y dársela más a la agricultura. Le sucedió a uno de los autores de este escrito cuando, hace décadas, tras un recorrido urbano, arribó en trolebús al pueblo de Iztapalapa, en la cuenca de México. Debido a la ruta que siguió al llegar, tuvo una impresión cerrada y centrada en las noticias recolectada en el casco urbano adon-

de arribó. Algunos años después visitó el pueblo y caminó más allá de donde había estado y se halló, al final de una calle, con la chinampería que nunca había visto y en la cual otrora los iztapalapenses sembraban su maíz y sus flores, cazaban patos y se transportaban en trajineras y chalupas. Qué diferente habría sido si hubiera llegado a este pueblo chinampero navegando por uno de sus canales. Con seguridad habría percibido a Iztapalapa como un pueblo de campesinos chinamperos y de esa forma habría enfocado su estudio.

El viaje también tiene utilidad para vislumbrar eslabones históricos y etnográficos. En el siglo XIX, Karl Lumholtz llegó a Michoacán tras recorrer a pie el noroeste de México, bajando de norte a sur. Esa ruta le permitió percatarse de las interrelaciones y parentescos entre los pueblos nortños y de esas poblaciones con los purépechas, algo descuidado en la etnografía circunscrita a lo local y algo que suele pasar inadvertido para quienes ascienden en sentido contrario, desde el centro de México. El arribo de la arqueóloga Beatriz Braniff a Sonora es otro ejemplo. Sus investigaciones en la década de 1960, primero en el Bajío y luego en San Luis Potosí, le permitieron reconocer en el escenario geográfico sonorenses la antigua ocupación de ese territorio por pueblos de agricultores y de recolectores cazadores.

\* \* \*

Permítasenos un paréntesis inevitable en este punto. Es imposible omitir aquí el ambiente actual prevaleciente en cada vez más regiones del país: el terror y la violencia que, a propósito, se ha expandido por todo el territorio mexicano para causar desintegración social y desaparecer la resistencia a la salvaje depredación de los recursos, ha levantado un escenario en el cual se van cerrando los caminos para el antropólogo. El estudio de algunas regiones está circunscribiéndose a los viajes a la biblioteca y al archivo, con escasas o nulas incursiones en el campo. Tal circunstancia está ahora en las consideraciones del antropólogo al programar su trabajo de campo. Valga esta penosa referencia a la presente tragedia nacional, que echa abajo cualquier mirada romántica que calle la existencia real y efectiva de la violencia y el terror en nuestro país, un riesgo que debe afrontarse o eludirse.

\* \* \*

Otros varios aspectos intervienen en el desarrollo del trabajo de campo. El viaje no lo es todo; acaso se considere algo circunstancial, pero tiene alguna relevancia si influye en la concepción del antropólogo.

Algunos llamarán más la atención, por ejemplo, acerca del uso de las nuevas tecnologías que están dejando atrás al antropólogo de campo armado sólo de su libreta y lápiz. Esto es notable en el trabajo arqueológico, donde se están obteniendo resultados extraordinarios antes impensables mediante el uso de la electrónica; el espectacular uso de drones, geoposicionadores, programas de computado-



La arqueóloga Ana María Crespo (†) en un sitio arqueológico. **Fotografía** © Sin autor identificado. Acervo de Rosa Margarita Brambila Paz.

ra para elaborar planos, levantamientos y reconstrucciones arquitectónicas en tercera dimensión, además de otros recursos interdisciplinarios como el análisis químico y la identificación de ADN.

Por supuesto, el trabajo de campo es sólo una de las fuentes a las que acude el antropólogo. También suele hacer revisiones adicionales en archivos, bibliotecas, fototecas, ceramotecas y otros ámbitos donde, en cierto modo, emprende la aventura de sumergirse en medios donde abre ventanas al pasado o el presente que desea conocer y entender: archivos viejísimos, bibliotecas enormes, bodegas repletas, fototecas asombrosas. Hablamos también del “viaje”, en un sentido figurado, al archivo o a la biblioteca. Cualquiera de esos viajes —al campo, al archivo o a la biblioteca— implica una inmersión en un universo específico. Ese entrar y salir de este universo es el tema.

\* \* \*

Durante el trabajo de campo se hacen hallazgos de varios tipos. Los más llamativos suelen ser los depósitos arqueológicos; sin embargo, a su vez, el antropólogo físico, el lingüista y el etnógrafo hacen los suyos, como los indicios de población con orígenes inesperados, el habla de una lengua que se suponía extinta, la práctica de una danza paradigmática o la existencia de un archivo parroquial inexplorado. Ahora bien, si en el campo se halla, en el gabinete se descubre. En el viaje al campo, al archivo, la

biblioteca, la ceramoteca, el osario u otros ámbitos similares se hallan o encuentran sitios, documentos, gente, fotografías, grabaciones, películas y otros materiales. El hallazgo es, sin duda, un logro básico; por su parte, el descubrimiento es un salto cualitativo, intelectual, que ocurre en la mente al atar cabos sueltos y analizar *a posteriori* los datos obtenidos, con lo cual se logra aumentar el conocimiento y desanudar algo de un problema científico. Eso marca una diferencia entre el hallazgo de campo y el descubrimiento reflexivo de gabinete. Este aserto no niega otras maneras de ensartar hallazgos y de hacer descubrimientos que aumenten y expliquen el conocimiento acerca de un tema; más bien permite señalar que campo y gabinete son trabajos de índole diferente. Por cierto, en ambos los factores subjetivos están presentes.

Algunas disciplinas antropológicas tienen un componente en mayor o menor grado de datos tangibles, sujetos a una posible verificación incluso en laboratorio. En el trabajo de campo se consideran los vestigios arqueológicos como algo del presente; es decir, a la vista del arqueólogo que los observa y los toca. A partir de ese momento, el trabajo *in situ* se convierte en una averiguación de cómo persistieron esos materiales, cómo se han modificado y cómo adquirieron las características que hoy tienen. Esta idea del trabajo de campo exige del arqueólogo una mejor comprensión de sus propias interacciones con el mundo material. De ahí que el explorador capaz de conocer se vuelva una parte activa, un componente estructural de lo que registra.

\* \* \*

Luego de la permanencia de campo propiamente dicha, sucede el retorno, que tiene una virtud: permite emprender un recorrido desde adentro, conforme el antropólogo se aleja del sitio donde estuvo explorando, haciendo observaciones y entrevistas, y llevando a cabo otras actividades diversas. Mientras que el viaje de llegada fue un trayecto desde lejos y desde afuera, la partida va mostrando cómo ven las personas del lugar su entorno y cómo se acercan, y llegan a las ciudades. Por lo demás, si el arribo supone profundizar en el ambiente regional, el retorno supone una introspección para evaluar y reflexionar lo vivido y obtenido. Por supuesto, esto ocurre cuando el trabajo de campo es realizado en regiones rurales, pero, cuando se lleva a cabo en zonas urbanas, de algún modo sucede algo equivalente. Como sea, el antropólogo es uno al marcharse al campo y otro al volver, ¿qué duda cabe?

En la “zambullida”, el antropólogo se empapa del medio y recibe la influencia de las personas con quienes trata y convive. Se sumerge en el conjunto de problemas locales y regionales; descuida su reflexión teórica. En la localidad interactúa con las personas que lo llevan al pasado y el presente local, y a las dificultades familiares y personales de sus habitantes. Asimismo, en la localidad la inmersión se da en el paisaje y en el tiempo regional, por lo regular transcurrido en el ciclo agrícola y el religioso a éste anudado, así como en las vicisitudes políticas. El día mismo es dividido por las campanadas del templo. Por lo tanto, el investigador procesa sus averiguaciones en el contexto de la lógica del devenir pueblerino.

Al retornar, el antropólogo vuelve tanto a su nicho original como a otro espacio y otro tiempo anudados al devenir doméstico, familiar y laboral y, en el caso del investigador que sale de una ciudad, eslabonado al ritmo de la dinámica urbana. Ocurre un deslinde al reinsertarse en el devenir y la lógica doméstica, así como en la dinámica del medio académico. De vuelta en el cubículo o en las aulas, ese cambio tajante envuelve al antropólogo en una actividad diferente a la vivida previamente. Mientras que en la localidad interactuó con los habitantes, en la academia lo hace con los colegas. El embrollo de su medio laboral, administrativo y académico lo aísla del ambiente donde estuvo inmerso. ¿Escribiría distinto un libro si lo redactara en la región estudiada? Si escribe en su cubículo, ¿redactará más apegado a la academia y menos al punto de vista de la gente?

\* \* \*

Decía Robert J. Weitlaner que, luego de una salida al campo, lo que sigue es escribir “el artículo”. En efecto, el regreso del campo da paso al proceso de ensamblaje de lo recabado. Transforma la visión inmediata en una cognitiva, podríamos decir, más erudita o especializada, respecto de la naturaleza, el origen, la función y el significado de lo observado. Al regreso, los hechos registrados son producidos y representados en los escritos científicos, admitidos y autorizados por la comunidad académica.

Por cierto, la información que logra recogerse en el campo es sólo un porcentaje de la que se tuvo a la vista. Siempre será un problema un tanto angustioso para el antropólogo percatarse de cuánta información se le escapó por la imposibilidad física de darse abasto o por la falta de recursos tecnológicos suficientes. Para colmo, tras retornar con lo que logró registrar, ocurre una pérdida paulatina de una parte de lo recolectado, ya sea por extravío o daño, así como por desuso por parte del antropólogo, quien sólo procesa, analiza y utiliza fragmentos. Al final, lo que publica es sólo un porcentaje de lo que reunió a lo largo de su vida.

Como sea, los antropólogos son los transmisores escrupulosos de los hechos observados. ¿Quién habla cuando él habla?, ¿la academia asumida como poseedora de la voz de autoridad? Hablan los propios hechos registrados, sin duda alguna, pero también sus portavoces “autorizados”. Por esa circunstancia Carlos Navarrete les dice a los arqueólogos: “[...] ya es tiempo que no olvides que, en tanta miseria, tenemos el privilegio de escribir en lugar de los muertos antiguos y de los muertos vivientes, que podemos ser cronistas y testigos de todos los indios que hicieron la historia sin saber escribir. Que aquéllos que se levantaron y fueron destruidos y humillados, no queden ahora mudos” (Navarrete, 1978: 51).

\* \* \*

Al rendir cuenta de sus hallazgos, el investigador de fenómenos antropológicos inicia la reflexión sistemática acerca de lo que logró averiguar. El primer paso para articularlos se da al describirlos. Las

compilaciones de estas descripciones sintetizan las circunstancias en las cuales fueron hechos los hallazgos, y se caracterizan por ser relaciones de lo que se observó y se juzgó útil reunir en un corpus para facilitar su estudio.

Esta fase inicial va de la observación inmediata de los fenómenos al orden razonado, como lo muestra cada descripción marcada por los conocimientos y los puntos de vista de cada autor. El ejemplo típico de este género de escritos es el catálogo arqueológico, considerado como un conjunto fragmentado de materiales en tantas partes como entidades o partes por describir, las cuales precisan, en consecuencia, ser explicadas en la mayoría de los casos. Un catálogo muestra los datos de modo que todo mundo los pueda utilizar.

Este primer paso tiene ciertos matices que hacen la diferencia en cada disciplina antropológica. Uno de ellos se refiere a la relación del investigador con la recopilación de los datos *in situ*. Etnólogos, lingüistas y algunos antropólogos físicos tienen a veces la posibilidad de regresar a las comunidades, como ya se dijo. Los etnohistoriadores regresan al archivo para repasar documentos. Esto les permite afinar, modificar y puntualizar sus datos recabados. En cambio, el arqueólogo destruye en buena medida su fuente de conocimiento desde el momento en el que levanta una navajilla de la superficie o emprende una excavación.

El segundo paso consiste en agrupar los datos. Asociar elementos tiene como finalidad ordenar dentro de ciertos límites, dada la necesidad de tener un criterio de acomodo. En esta etapa el arqueólogo hace inferencias relativas a los hechos no contenidos en los objetos mismos. A los vestigios de las antiguas culturas se les colocan atributos de tiempo, espacio y función. Para esto se recurre a una tipología que los enriquece o los ubica a partir de un razonamiento asociado con hipótesis o datos que no están visibles o que no están contenidos en los propios vestigios. Las construcciones tipológicas son, entonces, propuestas teóricas desarrolladas.

Con posterioridad se hace necesario elaborar una explicación. Con base en el paso anterior, el arqueólogo pasa a la construcción de los enunciados teóricos. El investigador interpreta para elucidar preguntas explícitas y emociones contenidas. En ese proceso se le da un sentido a cualquier ordenamiento, pues sobrepasa la formalidad para revelar el significado de los datos obtenidos.

Esta interpretación consiste en hacer corresponder los datos con hechos sociales. Si resulta de esa forma, conviene esclarecer las causas de las diferentes interpretaciones. Es insuficiente afirmar que las interpretaciones académicas son producto de una acumulación de datos y del desarrollo de las técnicas disponibles.

Difícilmente se hace un análisis antropológico si se considera a la disciplina como una simple prolongación de lo observado en el campo. Por el contrario, sin importar el tipo de interpretación, resulta un proceso de transformación y elaboración de conocimientos: la mera recolección *in situ* no demuestra la interpretación de los fenómenos estudiados. Por esta razón, para llegar a conclusiones, los investigadores asocian los elementos que les permiten responder las preguntas que los llevaron al campo o que surgieron en éste.

Como los elementos que permiten establecer las ligas entre los conceptos están lejos de ser explícitos, en la mayor parte de las publicaciones antropológicas es imposible conocer las bases reales de sus conclusiones. ¿Cómo de descripciones topográficas o simbólicas los autores pasaron a la formulación de conclusiones acerca de las características sociales de un pueblo, de una lengua o de un monumento? Esto nos lleva a formular otras preguntas: ¿por qué una afirmación parece más verdadera que otras?, ¿qué distingue lo que es antropológico de lo que no lo es? Los hechos científicos, como los trenes, no funcionan fuera de las vías.

Quien pretende una mirada de objetividad absoluta se engaña. Lo sabe el antropólogo al hacer introspección en su soledad reflexiva. No pretende —o no debiera pretender— una mirada neutra, vacía de sentido, de conocimiento previo o de emociones y deseos personales. Al hacerse las tres preguntas críticas: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer? y ¿qué me es permitido esperar?, se aproximan al telón de fondo en su razón de ser: ¿cómo se produjeron las diferencias culturales? Las respuestas parten del autoconocimiento.

La introspección proporciona al antropólogo una plataforma, un apoyo y, a la vez, una brújula. Elaborar un recuento de sus conocimientos de campo, bibliográficos y teóricos previos —cuanto más amplios, más sólidos— es una herramienta para identificar un hallazgo o hacer un descubrimiento. Su experiencia y emociones propias, con el reconocimiento del contexto de su desarrollo, pueden ser puntos de contraste para iluminar, o bien oscurecer si no son escrutados con oportunidad. El conocimiento de los deseos o aspiraciones íntimas le permiten observar y exponer con mayor acierto el objeto de su estudio. Esa solitaria introspección no da una garantía de objetividad absoluta, pero permite la satisfacción de la honestidad profesional.

\* \* \*

En el trasfondo, las circunstancias aquí referidas son subjetivas en mucho y, por consiguiente, muy resbaladizas si ha de procurarse el rigor científico. Por eso, en el análisis de una obra antropológica resulta pertinente considerar estos aspectos al aplicarle la llamada crítica de la fuente, tanto cuando un estudio la consulta como tal, como cuando su contenido y estudio se someten a la crítica académica.

En realidad, como las facetas subjetivas son fuente adicional de conocimiento en sí mismas, bien vale considerarlas y aprovecharlas. La antropología es un todo, tanto el dato objetivo como la subjetividad del antropólogo; entenderlo merece ver pieza por pieza antes de armar un rompecabezas.

\* \* \*

Fuente principal y primaria para abordar este tema son los testimonios orales de los antropólogos de campo. Como fuente secundaria están los estudios e informes, ya que en éstos sus autores suelen ocultar o callar las vicisitudes de su investigación. Esto último, en parte, porque les resulta incómodo



La etnóloga Catalina Rodríguez Lazcano y Soledad Reyes, oriunda de Charapan, en la sierra de Michoacán. **Fotografía** © Carlos García Mora.

revelar lo que consideran más propio de la privacidad de su trabajo y, en parte, porque lo consideran como un aspecto no científico y no académico. Más bien procuran envolver sus escritos en un tono de fría seriedad y supuesta objetividad. Esto último suele ser un disfraz para distraer al lector del hecho sabido de que la antropología no es una ciencia exacta y carga con un alto margen de error.

Antes de la corriente del llamado “modernismo”, en los libros académicos y científicos se consideraba que el autor no debía verse. Se llegaba a pensar que una de las debilidades de las ciencias sociales y las humanidades era que, en sus argumentaciones, se utilizaba mucho el principio de autoridad. El posmodernismo, con sus raíces en el romanticismo, hizo ostensible que en cualquier investigación —aun la de los laboratorios de físicos, químicos, biólogos y otros— está en juego la subjetividad. La presencia del individuo se hace más presente en la publicación.

Cabe preguntarse acerca de las causas de que se quiera o se deba ignorar al autor de una obra antropológica. Lo que se viene a la cabeza es que los libros de los antropólogos son producto de la academia. A diferencia de los escritores literarios, quienes mueven las emociones del lector, el antropólogo apela a la razón. Pero... ¿es así?, ¿no apela a la razón un novelista?, ¿no emociona un buen texto de antropología?

La puesta por escrito de la reflexión suscitada por el trabajo de campo es un arte. La escritura antropológica es el arte de bien decir todo lo que el antropólogo halló en el campo y descubrió en el gabinete. La forma de dar a conocer, de hacer pública su labor —intelectual, emocional, etcétera— resulta pertinente, pues articula sus sentires y su modo de razonar.

¿Cuándo termina el viaje del antropólogo? Nunca: en su mente seguirá dándole vueltas a sus materiales, tratando de encontrarles un sentido. ¿Cuál es, al menos, su puerto formal de llegada? La imprenta, lo hemos dicho. Allí él suelta por fin su libro y pierde para siempre el control de su trabajo, el cual sale a correr su suerte, óptima o desafortunada. El autor ni siquiera sabe si será leído. Escritura y lectura ya son dos presentes muy diferentes. ¿Qué más da? Para el antropólogo, la aventura de su empresa bien valió la pena. Después de todo, visto de este modo, en verdad tienen razón quienes afirman que importa más el viaje que el puerto de llegada.

## Bibliografía

- Arizpe Schlosser, Lourdes (1973). *Parentesco y economía en una sociedad nahua. Nican Pehua Zacatipan* [p. 228 con fts., dibs., cds., gráfs., figs. y mp.]. México: SEP/INI [Antropología Social, 22].
- Bartolache, José Ignacio (1993). *Mercurio Volante, 1772-1773* [pp. XLVIII–202, 3.ª ed., introd. Roberto Moreno de los Arcos.] México: Coordinación de Humanidades-UNAM [Biblioteca del Estudiante Universitario, 101].
- Bonavia, Bernardo (1790). Véase AGN, 1790.
- González, Enrique (1991). “El rechazo de la universidad de México a las reformas ilustradas (1763-1777)”. *Estudios de Historia Social y Económica de América* [Alcalá: Servicio de Publicaciones, Universidad de Alcalá de Henares] (7), pp. 94-124. Recuperado de: <http://dspace.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/5787/El%20Rechazo%20de%20la%20Universidad%20de%20México%20a%20las%20Reformas%20Ilustradas%20%281763-1777%29.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- León y Gama, Antonio (1792). *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790* [p.116, con láms. plegadas]. México: Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros.
- López de Velasco, José (1894). *Geografía y descripción universal de las Indias* [pp. XVI–842, ads. e illus. Justo Zaragoza]. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet.
- Medina Hernández, Andrés (2001). “Alfonso Villa Rojas, el etnógrafo”. *Ciencia Ergo Sum. Revista Científica Multidisciplinaria de la Universidad Autónoma de Estado de México*, 8 (2), pp. 214-224.
- Murdock, George Peter et al. (1982). *Outline of Cultural Materials* [p. 248, 5ª ed. rev.]. New Haven: Human Relations Area Files [HRAF Manuals].
- Navarrete, Carlos (1978). “Arqueología de la arqueología”. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XXIV (11), pp. 147-151.
- Ovando, Juan de, y López de Velasco, Juan (1888). “Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias que Su Majestad manda hacer para el buen gobierno y ennoblecimien-

to de ellas, 1577". En Francisco de Solano y Pilar Ponce (eds.). *Cuestionarios para la formación de las Relaciones Geográficas de Indias. Siglos XVI/XIX* (pp. 87-94) [prep. de los textos Francisco de Solano y Pilar Ponce, est. prel. Antonio Abellán, Raquel Álvarez, Dolores Higuera, Ana Olivera, Pedro Pérez Herrero, Pilar Ponce Leiva y Fco. de Solano]. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América [Tierra Nueva y Cielo Nuevo, 25].

Pintado, Ana Paula (2014). "Un holandés entre los ralámuli". En Bob Schalkwijk. *Tarahumara* (pp. 8-15). México: Red/Conaculta.

Solano, Francisco de, y Ponce, Pilar (eds.) (1988). *Cuestionarios para la formación de las Relaciones Geográficas de Indias. Siglos XVI/XIX* [2 ts., est. prel.: Antonio Abellán, Raquel Álvarez, Dolores Higuera, Ana Olivera, Pedro Pérez Herrero, Pilar Ponce Leiva y Fco. de Solano]. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América [Tierra Nueva y Cielo Nuevo, 25].

### Fuentes provenientes de archivos

AGN (1774). "Gobierno de esta R.<sup>1</sup> y Pontificia Universidad. De 1771 hasta 1774" [varios firmantes]. Ramo Universidad (t. 21, vol. 59, ff. 693-704/1774). México.

\_\_\_\_\_ (15 de julio de 1774). "Noticia plausible para sanos y enfermos" [s. l., s. p. i., 1 h. impresa por ambos lados, noticia acerca de las pastillas marciales gibelinas preparadas por el Dr. Josef Ignacio Bartolache Díaz y Posadas]. Ramo Universidad (vol. 59, f. 694r y v). México.

\_\_\_\_\_ (agosto de 1774). "Netemachtiliztli. In Itechpa in cè yancuican pahtli, inic in Macehualtin quimatizque iquin yeiman, quenin, ihuan quezqui quicelizque" [2 pp., en 1 h. impresa por ambos lados]. Ramo Universidad, Gobierno de 1771 a 1774 (vol. 59, f. 702r y v). México.

\_\_\_\_\_ (29 de octubre de 1790). "En cumplimiento de lo que el excelentísimo señor virrey se sirvió prevenirme..." [Bernardo Bonavia, rector de la Pontificia y Real Universidad, firmante]. Ramo Universidad (vol. 62, f. 882r). México.

\_\_\_\_\_ (s.f.)a. "En la ciudad de México, a quince de octubre de mil setecientos noventa" [José Damián Ortiz y Juan Antonio Gómez, firmantes]. En "Gobernación de esta Real y Pontificia Universidad. Desde el año de 1784 hasta el de 1792". Ramo Universidad (vol. 62, ff. 877r-878v). México.

\_\_\_\_\_ (s.f.)b. "Gobierno de esta Real y Pontificia Universidad. Desde el Año de 1784 hasta el de 1792" [varios firmantes]. Ramo Universidad (t. 24, vol. 62, 1489 ff.). México.